

VII

La composición, por decirlo así, que van ustedes á conocer se titula *Noches de luna*, y su autor es Víctor Rocamonde, venezolano recomendado, el cual parece como si se hubiera propuesto achicar á todos los que han usado hasta ahora imágenes disparatadas.

Empieza así:

«La tarde como un nardo languidece...»

¡Figúrense ustedes qué semejanza podrá tener la tarde con un nardo!

«La tarde como un nardo languidece...»

Si, como parece natural, el languidecer de la tarde es oscurecerse, acabarse el día y empezar la noche, este languidecer no puede parecerse nada al del nardo, que aunque lan-

guidezca ó se marchite no se oscurece, se queda blanco lo mismo que antes.

Continuemos:

«La tarde como un nardo languidece
En un búcaro azul...»

¡Ya escampa! que decía el otro, y llovía á cántaros.

Porque, en primer lugar, no se sabe si el vate quiere decir que la tarde languidece como languidece un nardo en un búcaro azul, ó quiere decir que la tarde languidece en un búcaro azul como languidece un nardo.

Si quiere decir lo primero... ¡vaya un hipérbaton!... ¡vaya una trasposición salerosa!

Si quiere decir lo segundo... ¡vaya una imagen! ¡vaya una extravagancia!

¡La tarde languideciendo en un búcaro azul!...

Que querrá el vate que sea el cielo, regularmente.

Pero, vamos, ¡que el cielo convertido en búcaro de la tarde!...

Y todavía no hemos examinado más que verso y medio...

Vamos adelante:

«La tarde como un nardo languidece
En un búcaro azul: el níveo astro
Emerge de las sombras...»

Bueno; esto último quiere decir que sale la luna... Sigamos:

«..... el níveo astro
Emerge de las sombras y parece
Cisne de luz en lago de alabastro.»

¡Parecer es! Pero, vamos, que parezca.
A otro cuarteto.

«Y al sacudir su cabellera blonda...»

¿Quién, el cisne?... Los cisnes no tienen cabellera, ni blonda, ni blanda...

¿La luna?... Tampoco la luna tiene cabellera blonda... Ni de otro color; pero, en fin, de tenerla, no sería blonda. ¿No acaba usted de decir que es un astro níveo, es decir, parecido á la nieve, es decir, blanco?...

Del sol se suele decir figuradamente que tiene cabellera blonda, porque despide rayos que parecen rubios, dorados.

Pero de la luna que no despide rayos, como que no tiene luz sino prestada, pues no hace más que reflejarnos la que del sol recibe, no se dice que tenga cabellos ni se habla nunca de su cabellera.

De modo que no sabemos de quién querría el vate que fuera esa cabellera blonda; pero no pudiendo ser ni de la luna ni del cisne, porque ni una ni otro la usan, la tal cabellera viene á ser un falso testimonio.

¿A ver, qué más?

«Y al sacudir su cabellera blonda
Sobre el inmenso piélago de brumas,
Parece...»

¡Dios mío! ¿Qué parecerá?... Algún disparate muy gordo; porque ¡son unos parecidos los que encuentra este hombre!...

«Y al sacudir su cabellera blonda
Sobre el inmenso piélago de brumas,
Parece que en el seno de una onda
Deshace algún querub copos de espumas.»

¿No lo dije?...

Una atrocidad tenía que ser; se me estaba asentando á mí. Pero no creía que iba á ser tan grande.

¡Cuidado con decir que un querub, deshaciendo copos de espumas en el seno de una onda, se parece á la luna ó al cisne cuando tienden sobre el piélago de brumas su cabellera blonda!...

Ó viceversa...

A más de que sobre no rastrearse en manera alguna el parecido, sólo el suponer á un querubín en el seno de una onda deshaciendo copos de espumas es ya un disparate...

Tan grande como el suponer á la luna ó al cisne de luz tendiendo su cabellera blonda sobre el inmenso piélago de espumas...

Y ahora caigo en que, efectivamente, en

algo se parecen los dos términos de la comparación de Rocamonde... En ser ambos disparatados.

Vamos á otro cuarteto.

«La negra maga despertó...»

No traten ustedes de averiguar por ahora quién es la negra maga; porque no puede saberse tan pronto... y acaso no lo sabremos nunca.

«La negra maga despertó... del velo
En que se envuelven sus facciones bellas;
Como blancas *campanulas del cielo*
Surgieron *vaporosas* las estrellas.»

¡Vamos, que... llamar á las estrellas *campanulas del cielo!*...

Lo mismo las podía haber llamado desazones...

Y luego decir que las estrellas son vaporosas...

Lo mismo podía haber dicho que eran infelices.

Adelante.

«El lirio cintilante de la noche...»

¿Que cuál es el lirio cintilante de la noche?...

¡Cualquiera lo sabe!...

¡Se les ocurren á ustedes unas preguntas!...

El lirio.... cintilante... de la noche...

Nada... lo que es yo no adivino lo que pueda ser ese *lirio cintilante*.

A no ser que acaso por el contesto, por los disparates consiguientes...

«El *lirio cintilante* de la noche
Se hunde en un mar de *vívida escaarlata*...»

Y cada vez lo entiendo menos.

Porque... ¿qué mar de *vívida escaarlata* puede haber por la noche, cuando todos los gatos son pardos, según el refrán conocido?

Y quien dice los gatos dice los mares; que no dejan de tener con los gatos algún parecido, mayor que los que busca y encuentra el vate Rocamonde.

Aunque no sea más que el de no tener, cuando no hay luz, color definido.

Pero volvamos al lirio cintilante y al mar de *escaarlata vívida*...

«El *lirio cintilante* de la noche
Se hunde en un mar...»

Miren ustedes que un lirio hundiéndose en un mar... de *escaarlata vívida*...

«Se hunde en un mar de *vívida escaarlata*
Y es el abierto vaso de su broche...»

A ver, á ver... Déjenme ustedes paladearlo...

Y es... el abierto... vaso... de su broche...

Es decir, que el broche del lirio tiene un vaso... y el vaso del broche del lirio es...

«Y es el abierto vaso de su broche
Volcán que llueve lágrimas de plata...»

¡Dios de Israel!... ¡Pero cuánto desatino!
Un *lirio cintilante*... de la noche, lirio que no es posible saber qué es, se hunde en un mar de *vívida escaarlata*, que tampoco se sabe qué mar puede ser; y después de hundido el lirio en el mar de *escaarlata vívida*, resulta que el *vaso abierto* del broche del lirio es un *volcán* y que ese volcán *llueve*, y lágrimas de plata nada menos...

Rematado... loco rematado.

«Y al alzarse...»

Esto es bastante feo: y *al-al*...

«Y al alzarse del fondo de la niebla.
Impenetrable clámide del cielo...»

¡Miren ustedes que esto también!... La niebla una clámide... del cielo...

Y aunque lo fuera, ¿por qué llamarla *impenetrable*?...

«Y al alzarse del fondo de la niebla
Impenetrable clámide del cielo...»

Pero antes de pasar adelante querrán us-

tedes saber quién se alza del fondo de la niebla, ¿verdad?

Pues no se sabe... A lo menos por ahora no se sabe.

«Y al alzarse del fondo de la niebla
Impenetrable clámide del cielo,
Es la dulce Desdémona que puebla
De caricias y luz la faz de Otelo...»

¡Qué atrocidad!...

Pero, ¿qué será eso que al alzarse del fondo de la niebla, etc., es la dulce Desdémona que puebla..., etc?

¿Será el lirio cintilante de la noche que se hundía poco hace en un mar de vívida escarlata, y que el vaso abierto de su broche era un volcán que llovía lágrimas de plata?...

¡Quiá! No se concibe.

¿Cómo podía un *lirio cintilante* de la noche —que tampoco se sabe lo que es; pero, en fin, sea lo que sea—cómo podía un lirio cintilante de la noche, hundido en un mar de escarlata vívida, y de cuyo broche el abierto vaso es un volcán que llueve, ser al mismo tiempo la dulce Desdémona?...

Y, sin embargo, del texto no se deduce otra cosa...

Es decir, sí; se deduce que el Rocamonde este, ó es un burlón que se ha propuesto reirse de los lectores amontonando desatinos, ó tiene el entendimiento trastornado.

Porque realmente sus versos hacen recordar la quintilla famosa:

He visto un burro volar,
Y una torre andar á gatas,
Y, en el medio de la mar,
Un lobo asando patatas
Para, á la noche, cenar.

¿Qué diferencia va de esto á estotro?

«El lirio cintilante de la noche
Se hunde en un mar de vívida escarlata,
Y es el abierto vaso de su broche
Voleán que llueve lágrimas de plata...
Y al alzarse del fondo de la niebla
Impenetrable clámide del cielo,
Es la dulce Desdémona que puebla
De caricias y luz la faz de Otelo...»

¿Verdad que el parecido entre los dos trozos es mucho mayor que los que al principio de su composición hallaba Rocamonde?...

Pero concluyamos. No nos falta más que el último cuarteto de la obra, que dice:

«Sobre el altar de *trasparencia* suma
En que la negra maga se arrodilla...»

Ya pareció otra vez la negra maga, que antes *despertó* y... desapareció como un relámpago, sin decirnos quién era.

Y lo probable es que ahora haga lo mismo

«Sobre el altar de *trasparencia* suma
En que la negra maga se arrodilla...»

Hay que decir á Rocamonde que eso de arrodillarse en el altar tampoco está bien, ni es de uso corriente.

Los altares no son para arrodillarse en ellos, sino ante ellos ó al pie de ellos.

Pero me parece que Rocamonde debe de entender poco de altares... Quizá no haya visto ninguno en su vida.

«Sobre el altar de *trasparencia suma*...»

O de sumo ripio, que viene á ser igual en este caso...

«Sobre el altar de *trasparencia suma*
En que la negra maga se arrodilla,
Cual *hostia colosal* hecha de espuma
El *astro blanco* se levanta y brilla.»

¡Bueno! Antes la luna era un *cisne de luz*... Después era un querub que deshacía copos de espumas en el seno de una onda... Ahora es una *hostia colosal*, *hecha de espumas*... y de plagios...

Porque esto de comparar á la luna con la *hostia* que se levanta... se le ocurrió hace ya muchos años á Víctor Hugo.

De él lo han plagiado otros vates modernos, como nuestro D. Gaspar Núñez de Arce, que dijo en el *Vértigo* aquello de

«La luna, como *hostia santa*,
Lentamente se levanta
Sobre las olas del mar.»

Imagen que le fue muy celebrada, aunque no era suya.

Y de Víctor Hugo ó de D. Gaspar lo ha plagiado más tarde Rocamonde.

Para que siempre sea verdadera la frase que dice... ó puede decir que «no quita lo modernista á lo plagiario».

Y quedamos en que la única imagen aceptable en la composición de Rocamonde, que es esa de la *hostia*, no es suya, sino hurtada.

Y un poco estropeada con el epíteto *colosal*, que no la corresponde.

Porque la luna no es *hostia colosal* á la simple vista.

No es más que algo grande.

Lo *colosal* son los disparates de Víctor Rocamonde.

VIII

Por regla general, todas las *poesías* patrióticas suelen ser malas.

Porque hay pocos hombres, en estos tiempos de grosero egoísmo individualista, que sientan el patriotismo verdadero, y poquísimos que además de sentirle sepan expresarle.

Pero si siempre suelen ser malas las *poesías* patrióticas, la verdad es que yo no he leído ninguna que lo sea tanto como un soneto y un himno á Sucre, publicados hace años en Caracas.

El soneto lleva la firma de Antonio Avelledo, el cual, después de ponerle por título: «Á Sucre, en su primer centenario», comienza á *patriotear* en esta forma:

«Genio deslumbrador *del cielo arcano...*»

¿Qué por qué ha de ser Sucre *arcano del cielo?*

No lo sé. Del cielo... francamente, no lo sé.
Ahora, el que sea simplemente *arcano*, eso sí sé por qué: porque hacía falta un conso-
nante para el suelo *americano*.

Que vendrá detrás infaliblemente.

Como sé también por qué es Sucre genio
deslumbrador, porque había que deslumbrar
la vanidad de sus paisanitos.

«Genio *deslumbrador*, del cielo *arcano*...»

Bueno; se me olvidaba decir que me parece
que eso es disparatar bastante... para un
verso solo...

¡Comenzar un soneto á Sucre, llamándole
en el primer verso *genio deslumbrador*, y del
cielo arcano!...

¿Qué dejará el vate para los versos si-
guientes?

Veámoslo poco á poco:

«Genio *deslumbrador* del cielo *arcano*,
Sólo Dios comprenderte ¡oh Sucre! pudo!»

Copio las admiraciones tal como las ha
puesto el vate Aveledo.

«Sólo Dios comprenderte ¡oh Sucre! pudo!»

Lo cual es una barbaridad muy grande.
Porque viene á ser como hacer Dios á
Sucre.

Pues como sólo Dios es incomprendible, y
sólo de Dios afirma la doctrina católica que
es incomprendible (*incomprehensibilis est Deus*)
para todo el que no sea el mismo Dios, re-
sulta que Aveledo pone á Sucre en la misma
categoría de Dios, pues dice que sólo Dios
pudo comprenderle.

Hay que repetir:

«Genio *deslumbrador*, del cielo *arcano*,
Sólo Dios comprenderte ¡oh Sucre! pudo!
El hombre absorto te contempla y mudo...»

¡Así!... Lo mismo que se hace con Dios.
Contemplanle mudo y absorto.

«El hombre absorto te contempla y mudo,
¡Oh! paladín del *suelo americano*,
(Claro que para esto era el *arcano*.)

Segundo cuarteto:

«Austero corazón, noble y cristiano,
Halló en ti la virtud *glorioso escudo*,
Y en los horrores del combate *rudo*
Emulo fuiste del *valor romano*.»

Vulgar y nada nuevo, sino muy oído; pero
al cabo no disparatado como lo otro.

Aunque la *conjunción* de *valor-romano* ó
valorromano, que es como se lee, es bastante
dura y bastante fea.

Los tercetos dicen:

«Mártir de Libertad...»

Bueno... digo, malo; esto ya es una tontería, porque Sucre no fue mártir de nada.

Y además el vate quería decir mártir de la libertad; pero como el *la* no le cabía en el verso, fue y le quitó, y en cambio, puso *Libertad* con ele grande, como si la Libertad fuera una diosa ó algo así, cuando realmente no ha sido nunca más que una perdida.

Hablo, por supuesto, de la libertad *liberal* á que alude el vate, no de la libertad verdadera, hija de Dios, que distingue al hombre de los brutos, y le sirve para merecer la gloria.

Repita el Sr. Aveledo:

«Mártir de Libertad, es la corona
Que tus sienas ciñó, *sol refulgente*
Que tu heroísmo sin igual *pregona...*»

Esto ya vuelve á ser exagerado y tonto, porque ni la corona de Sucre podía ser sol, ni los soles tienen por oficio pregonar, ni nada.

«Y tus hazañas *mil*, que la presente
Edad *tanto admiró*, de zona en zona,
Pásmo serán de la futura gente.»

Otra vez vulgarote y un poco falso en lo del pásmo, porque no hizo Sucre cosas para pasmar á nadie, y menos á la futura gente, que ni sabrá que ha existido.

*
* *

Pero más exagerado y más malo que el soneto, cuyo autor Aveledo siento de veras que se llame Antonio, es el *himno* de que ya hice mención, suscrito por un señor José Ignacio Lares.

Hasta el título tiene en verso, aunque malo, pues dice así:

«Himno *al héroe y magistrado*
Antonio José de Sucre.»

¿Verdad que tiene un poco de gracia eso de «*al héroe y magistrado*»?

¿Qué falta haría decir que era también magistrado el héroe?

Estos americanos creen que hay que decirlo todo...

Y gracias que Sucre no sería *doctor*, como lo son ahora todos los americanos que no son generales; pues si lo llega á ser, también nos lo encaja D. José Ignacio poniendo en el rótulo: *Al héroe, magistrado y doctor...*, etc.

Verdad es que en todas partes cuecen habas; porque también acá nuestro D. Plácido Jove y Hevia, últimamente Vizconde de Campogrande, hizo una vez, siendo director de la Tabacalera, un *himno á Jovellanos* (á tal héroe tal cantor), y también dijo de él todo lo que sabía.

«*Escolar distinguido* en Henares,
De Sevilla juez *recto y amado*
Consejero y ministro *admirado...*»

Etcétera, que allá está el *himno* aquel en una de mis *tomas* de AGRIDULCES, comentado y solfeado, bajo el título circunstancial de *Nicotina literaria*.

Volviendo al de Sucre, que es el que tenemos entre manos ahora, lector benévolo, has de saber que el coro canta lo siguiente:

CORO

«De América los hijos
Combaten *sin piedad*...»

Donde se ve que el vate, sin querer y sin saber lo que dice, llama impíos á los americanos.

O no piadosos, que viene á ser lo mismo.

«De América los hijos
Combaten *sin piedad*,
Llevando por enseña:
O muerte ó libertad.»

Eso no lo llevarían por enseña; lo llevarían por lema.

Pero el vate Lares se conoce que no repara en pequeñeces.

Y pasemos á la estrofa primera, que dice:

«La *invicta* Venezuela,
Con *bélica potencia*...»

Malo, eso ya va malo; esas asonancias son muy feas y muy fastidiosas.

Aparte de lo prosáico y cursi que es también de suyo eso de la *bélica potencia*... y de lo ripio que es el *invicta*...

Otra vez:

«La *invicta* Venezuela
Con *bélica potencia*
La voz de *independencia*
Intrépida lanzó...»

Bueno, ¿y á quién pertenece el adjetivo, ó más bien, el ripio ese de *intrépida*? ¿Pertenece á la *invicta* Venezuela que lanzó la voz, ó á la voz misma?...

Porque todas estas cosas, aunque lo principal no importe un rábano, como sucede aquí, es bueno saberlas.

Y como lo mismo puede ser *intrépida* la voz, que *intrépida* la *invicta* que lanzó la voz, no sabe uno á qué atenerse.

Esto, además de ser toda la media octavilla vulgar y prosáica.

Vamos á la otra media:

«Y al eco estremecida
La *América altanera*...»
Otra asonancia fiera
El vate nos soltó.

Estos dos últimos versos no son del himno. Ya lo habrán conocido ustedes, porque, aunque no me esté bien el decirlo, son algo mejores que los del vate Lares.

La media estrofa del vate dice así:

«Y al eco estremecida
La América altanera,
Alzando su bandera
El grito repitió.»

Lo cual no tiene nada de particular, ni de bueno, naturalmente.

Aquí vuelve á cantar el coro aquello de que los hijos de América no son piadosos, ó no tienen piedad, ó combaten sin ella, y...

Estrofa segunda:

«Contra el *altivo* hispano...»

Bueno; ya pareció el hispano... el *altivo* hispano...

Y gracias que el vate no le llame más que *altivo*.

«Contra el *altivo* hispano
En lid Bolívar cierra...»

Lo cual no se sabe casi lo que quiere decir; pero desde luego se ve que entra en campaña otro personaje. D. Simón, el buen Don Simón, que era un pobre hombre, y que, según cuentan, murió pesaroso de lo que había hecho.

Por supuesto, sin saber lo que hacía.

«Contra el *altivo* hispano
En lid Bolívar cierra,
Y el rayo de la guerra
Fulmina *sin cesar*.»

Algo menos sería...

Sin cesar precisamente...

Bueno; ese *sin cesar* es un ripio como otro cualquiera.

Ripios con que el vate tiene que ir supliendo la falta de entusiasmo... y de motivos de entusiasmo.

Porque las ganancias que ha tenido *América altanera* con haber sacudido la dominación de España, ó del *altivo hispano*, como dice el vate, buenas están de contar.

Ahora mismo está Venezuela en revolución desde hace cerca de un año, revolución en que sus hijos se matan *sin piedad* unos á otros... Y sin trazas de que concluya.

Y otro tanto la sucede á Colombia.

Repítase:

«Contra el *altivo* hispano
En lid Bolívar cierra,
Y el rayo de la guerra
Fulmina *sin cesar*.
Inundan á la patria
De sangre los torrentes...»

También esto sería algo menos. Pero ya se sabe que siempre se exagera.

«Inundan á la patria
De sangre los torrentes,
Y mil y mil valientes
Se ven do quier rodar.»

Este final de la... estrofa también es muy duro y muy feo.

Doquierrodar...

Aparte de ser toda la estrofa, lo mismo que la primera, vulgar y prosáica.

Pasemos á otra:

Estrofa 3.ª

«El denodado Páez...»

¿Quién sería el *denodado* Páez?

Bueno, un *denodado* cualquiera: lo mismo da... Vamos á ver qué hizo este denodado.

«El *denodado* Páez,
A lanza, fuego y sable...»

Vamos, el hombre hacía á todo.

«El *denodado* Páez,
A lanza, fuego y sable,
Indómito...»

¡Ay!... ¡qué ripio!...

Cualquiera hubiera creído que Páez tenía lastante con ser *denodado*, y aun de sobra.

Pero el vate Lares no opinó lo mismo.

Es decir, yo creo que opinar sí opinaría; pero como no sabía qué decir en el tercer verso ni tenía con qué llenarle, determinó hacer á Páez, á más de *denodado*, *indómito*, que casi viene á ser lo mismo.

Y todavía es de creer que no se despida con eso.

No; todavía le ha de hacer alguna otra cosa.

«El *denodado* Páez,
A lanza, fuego y sable...»

Sable, también es asonante de Páez.

Para que la estrofa tenga un defecto más... O para que no la falte ninguno.

«El *denodado* Páez,
A lanza, fuego y sable,
Indómito, *incansable*...»

¡Vaya por Dios!... *Incansable* también... Otro ripio más.

Porque no me negará el vate Lares que eso de *incansable* es un ripio. Después de haber dicho que Páez era denodado y que era indómito, ¿qué falta hacía añadir que era incansable?

Pues, ¡vaya un denuedo que tendría si se cansaba pronto!

«El *denodado* Páez,
A lanza, fuego y sable,
Indómito, incansable,
Arrolla al español:
Sujeto por la noche...»

¿Quién era el sujeto por la noche, el arrollado español ó el denodado Páez?

«Sujeto *por la noche*
Sobre el corcel acampa...»

Bueno; pero tampoco se sabe el sentido de ese *por la noche*...

No se sabe si la noche es el sujeto de la oración puesta en pasiva, es decir, un ablativo con la preposición *por*, ó si *por la noche* es un adverbio de tiempo. No se sabe si la noche es la que sujeta á... no se sabe tampoco á quién, al español ó al *denodado Páez*, ó si es que los sujeta á cualquiera de los dos otro agente extraño durante la noche...

No sabe nada... sino que este Lares es un ripioso de siete suelas.

«Sujeto *por la noche*
Sobre el corcel *acampa*,
Y sigue en la ancha *pampa*
La lid al nuevo sol.»

Así, con esta misma puntuación, ó con esta misma falta de puntuación, lo pone el vate Lares.

De modo que parece como que el *denodado Páez*, después de haber arrollado al español, sigue peleando contra el sol nuevo en la ancha pampa.

Aparte de todo eso, la estrofa no puede ser más infeliz en conjunto, ni más ripiosa, ni más pedestre.

Vamos á otra.

Estrofa 4.ª

«El genio de la guerra...
Asciende á la montaña...»

¿Que quién es el genio de la guerra? ¡Ah! yo no lo sé... ni es fácil saberlo.

El himno está dedicado á Sucre, ya lo saben ustedes:

«HIMNO AL HÉROE Y MAGISTRADO

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE»

Pero como luego el vate en la segunda estrofa habló de Bolívar diciendo que fulminaba *sin cesar* el rayo de la guerra, y luego en la tercera estrofa habló del *denodado Páez*, que arrollaba al español *sin cansarse nunca*, todo ello sin haberse vuelto á acordar del *héroe y magistrado* Sucre ni del santo de su nombre; ahora, al hablarnos del *genio de la guerra*, que asciende á la *montaña*, no sabemos si ese *genio* es Sucre, ó es Simón, ó es algún otro Páez ó Pérez más ó menos *denodado, incansable é indómito*.

En fin, sea quien fuere, sigamos:

«El Genio de la guerra...»

Advierto á ustedes que asimismo pone el vate Lares la palabra genio; así, con ge grande.

«El Genio de la guerra
Asciende á la montaña...»

¡Claro! En la pampa ya lo había arrollado todo el *denodado* Páez... Así es que el *Genio* de la guerra, si quería hacer algo nuevo, en la montaña tenía que ser, y para eso no tenía más remedio que ascender á ella.

«El Genio de la guerra...»

Sucre, ó quien fuese.

«El Genio de la guerra
Asciende á la montaña,
Y el cetro de la España
Quebranta en Boyacá...»

Con lo cual creerán ustedes que no le quedaba ya nada que hacer; pero bien se equivocan.

Porque el vate, por no tener ocioso al Genio de la guerra, ó porque no se le acabe tan pronto á él la materia del himno, hace toda-

vía al consabido Genio entretenerse en unas cosas...

Quedábamos en que

«El cetro de la España
Quebranta en Boyacá...»

¿No es eso? Bueno, pues inmediatamente, ¿qué dirán ustedes que hace el Genio de la guerra, ó qué dirán ustedes que dice el *cantor* que hace?

La cosa más rara del mundo.

Verán ustedes:

«Los hierros de su cuna
Destroza en Carabobo...»

¡En Cara-bobo había de ser!... Naturalmente. Una bobada así, no podía hacerse más que en Cara-bobo.

¡Vaya una acción digna de un Genio con ge grande!... Destrozar los hierros de su cuna...

Ese no es un Genio... es un *mal genio* simplemente.

Pero dejemos al vate Lares que se explique y termine la estrofa.

«Los hierros de su cuna
Destroza en Carabobo
Y dice al ancho Globo
Mi patria es libre ya.»

Por donde se viene en sospecha de que los

hierros de su cuna de que habla el vate, quería él que fueran las «cadenas de su patria», no los enrejadillos de hierro que suelen tener las cunas de los niños...

Pero... ¡cualquiera lo adivinaba!

Y á todo esto nos hemos quedado sin saber si ese Genio de la guerra que ascendió á la montaña y destrozó *los hierros de su cuna* en Carabobo, fue Bolívar ó fue el *denodado* Páez ó fue Sucre en persona.

Verdad es que no nos importa mayormente.

Estrofa 5.ª

Vamos á ver la estrofa 5.ª

«Y Sucre, de Bolívar
Alumno el más glorioso...»

¡Adiós con *la colorada!*, como dicen los académicos que se dice familiarmente, aunque yo, á la verdad, no lo he oído nunca.

Antes Genio de la guerra, con ge grande, en el supuesto de que aquello del Genio rezara con él, y ahora rebajado á la humilde categoría de alumno...

Porque aunque sea alumno *glorioso*, ¡ya hay distancia de alumno á Genio!...

«Y Sucre, de Bolívar
Alumno el más glorioso,
Secunda portentoso
De América al titán...»

Es decir, al Simón... Bolívar.

Lo cual parece dar á entender que lo de Genio de la guerra, no lo decía el vate por Sucre, sino por Bolívar.

Y en este caso Sucre tiene perfecto derecho á llamarse á engaño.

Porque después de decirle el vate que el himno era para él...

HIMNO AL HÉROE Y MAGISTRADO

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE,

va resultando que es para todos menos para él.

Pues mientras á Bolívar le llama titán y Genio de la guerra, y á Páez le llama *denodado*, *incansable* y hasta *indómito*, á él no le llama más que *alumno*, *alumno* de Bolívar.

Como no sea que le llame alguna otra cosa más adelante...

Ya veremos...

«Y Sucre, de Bolívar
Alumno el más glorioso,
Secunda portentoso
De América al titán...»

Nada, alumno y segundón de mala muerte; porque dice que no hizo más que secundar á Bolívar.

Vamos, que no servía para solo.

Segunda parte de la estrofa:

«Deshace en el Pichincha
La hueste del *tirano*,
Y arroja el *yugo hispano*
Al fondo del volcán...»

¡El tirano!...

Algo dieran los pobres venezolanos pacíficos, ahora que los están destrozando en guerra inicua las ambiciones de los aventureros que quieren ser presidentes, algo dieran por volver á aquella *tiranía* de España.

Pero la ingratitud es un pecado muy grave y muy horrible, y no podían menos de pagarle los que contra España le cometieron. ¡Bien le están pagando!

Arrojarían, como dice prosáicamente el tonto del vate, arrojarían al fondo del volcán el yugo de España; pero ¡pardiez! que no les han faltado yugos.

Hoy, precisamente, rueda por todos los periódicos el siguiente parte telegráfico:

«GENERALES FUSILADOS

Panamá, 6 de Agosto.—Han sido fusilados los *generales* Suárez, Lacroix, Vidal y el coronel Lecana.

Otros muchos jefes han sido condenados á varios años de presidio.»

Del que saldrán cuando triunfen sus amigos sobre los contrarios, y tendrán el gusto de fusilar á los que ahora han fusilado á sus compañeros.

Pero los que queden con vida seguirán escribiendo himnos contra el *altivo hispano*, que los redimió y los sacó de las tinieblas del salvajismo.

Estrofa 6.ª

«De oprobio y servidumbre
Al Ecuador redime...»

Sí... *dorredime*... ¡Qué oído tiene el vate!

«A Pasto, su vencida
Le da con la victoria...»

Esto tan oscuro no debe de querer decir que *su vencida* le dé á Sucre la victoria á pasto común, sino alguna otra cosa.

Pasto con pe grande, sería alguna ciudad á la que venciera Sucre, y la diera luego con la victoria en las narices.

«A Pasto, su vencida
Le da con la victoria
El fruto de su gloria,
La dulce libertad.»

Bueno, que la aproveche.

Estrofa 7.^a

«Cadenas destrozando...»

¿Otra vez?... ¿Volveremos á romper los hierros de la cuna?

«Cadenas destrozando,
Al *austro mundo* pasa...»

¿Qué será el *austro mundo*?

Pero, ¿á quién se lo vamos á preguntar?
¿Al vate?... ¡Buena gana tendríamos de perder el tiempo! El vate escribe lo que se le ocurre; y lo mismo que escribió al *austro mundo*, pudo haber escrito «al bajo vientre».

«Cadenas destrozando
Al *austro mundo* pasa,
Y en sacro fuego abrasa
A la nación del sol...»

Que tampoco sabemos cuál es... pero da lo mismo.

«Encima de los Andes,
Ardiendo en valentía...»
¡Ay, Dios! se quemaría
Cual mecha de farol.

Y sigue la estrofa 8.^a, que viene á ser igual que las anteriores.

«Resuena en Ayauccho
El ruido de la guerra...»

Muy pobre y muy bajo.

«Y gime la *alma tierra*...»

Pero, ¿por qué llama usted á la *alma*, si se puede saber?

¡Ah! ¿No se puede saber? Pues adelante.

«Y gime la *alma tierra*
Al fiero batallar.
Redoblan los de España
La lucha á sangre y muerte.
(*Se dice á sangre y fuego,*
No digas de otra suerte.)
Mas contra Sucre el fuerte
En vano es *contrastar*.

¿*Contrastar*?... Vamos, el vate no sabe tampoco lo que es *contrastar*.

¿Por qué no diría pelear, sencillamente?...

Y entonces estaban iguales él y Sucre; porque también es en vano pelear con el vate.

No tiene enmienda.

La estrofa novena comienza peor que las otras, con un verso octasílabo, que el vate quiere que sea heptasílabo comprimiéndole:

«Anuncia alegre diana...»

¿Ven ustedes cómo es octosílabo?

Pues nada, el vate nos le quiere dar como heptasílabo, para lo cual hay que apretar

la última palabra hasta dejarla en dos sílabas.

«Anuncia alegre *dia-na*
El triunfo del patriota...»

Etcétera; que lo que resta de la estrofa novena y el principio de la décima es tan desdichado, á lo menos, como las estrofas anteriores...

Y por último, después de decirnos el vate que su *héroe* y *magistrado* llegó al

«Soberbio Potosí.»

Y su espada

«*Sin mancha* colgó allí»,

lo cual, lo de *sin mancha*, es un insulto para un guerrero, termina lastimosamente la estrofa undécima, que gracias á Dios es la última, diciendo:

«Y América, *ya libre*,
con trompa de la fama...»

Quería decir «con la trompa», se conoce; pero el *la* no le cabía en el verso.

«Y América, *ya libre*,
Con trompa de la fama
Modelo á *Sucre aclama*...»

¡Aprieta!... A *Sucre* aclama... ¡Qué dulzura y qué armonía!

«Y América, *ya libre*,
Con trompa de la fama,
Modelo á *Sucre* aclama,
Civil y *militar*.»

Y administrativo...